

# Presentación

La gran pérdida de las rutinas, actividades e imágenes de la cultura actual —en casi todo el mundo— se establece, principalmente, en la poesía. No nos referimos al concepto más amplio, profundo y general de poesía —un hálito, una intensidad que, por así decirlo, “se halla en todas partes y en ninguna”— sino a la poesía que se crea y recrea en palabras habladas, cantadas, gritadas o escritas, y que, a más de tradición, conforma un género. La poesía, en efecto —venerada, salvaguardada, hecha vibraciones y explosiones, razonamiento y marcha durante siglos— en la época actual se comprime, se encaja, se disfraza, transita hacia universos más exclusivos y ocultos. La ignoran los grandes, extensos, funcionales medios de comunicación masiva que —oh, paradoja— hallarían en ella su mejor vehículo revelador, la mejor síntesis de cualesquiera de sus mensajes. La hacen de lado los estadistas, los gobernantes, los dirigentes políticos —a veces también los intelectuales, los historiadores—, cuando en la poesía que cada pueblo, nación, comarca, sociedad, comunidad ha generado se hallan los mejores registros, los más certeros símbolos y perfiles de cada individuo, de cada colectividad. Tal parece que son los estudiosos especialistas y los poetas quienes se atreven a proclamar la antigüedad y la vigencia de la poesía; son asimismo ellos quienes saben y entienden que la acción reveladora de la poesía habrá de ocasionar muchos gustos y disgustos en el futuro, cuando la palabra poética —el conocimiento hecho poesía— circule de nueva cuenta, aireada y legalmente, en los nuevos lenguajes, esos lenguajes recientemente inventados y adquiridos que nosotros —oh, ingenuidad— aún confundimos con la tecnología.

Las vetas ocultas en la poesía religiosa contienen, sí, enseñanzas actuales. Díganlo si no el poeta admirador de nuestra sor Juana; las revelaciones de San Juan de la Cruz; la voz tenue pero precisa de las poetas de hoy. Díganlo si no las aficiones prosísticas de más de un poeta que ha dominado el género: explosión de imágenes que conduce al lector hasta los confines de la comprensión, ese sitio de plena seguridad en el que la imagen se convierte —o se revela— en imaginación. “A diferencia de la literatura histórica, que siempre está en prosa —afirma Antonio Alatorre—..., gran parte de la literatura religiosa está en verso. Casi no hay poeta del siglo XVII que no tenga entre sus obras una sección más o menos amplia de versos religiosos...” Y si el nervio de la religiosidad dio productos poéticos en esos siglos de institucionalidad católica y española, la “nueva religiosidad” —esa búsqueda desesperada y también desconfiada de comunidades enteras en la época actual— también produce ciertos tonos de variado y de singular tono poético que podemos entender al remitirnos al pasado, el cual, en el ámbito de la cultura, no es sino el mejor narrador de algunos aspectos de un presente siempre transformista e interpretable. Llegará el momento en que no sólo el especialista —el escritor específico, dueño de saberes y expresiones profesionalmente acogidos y expresados— sino la general población de nuestros países hispánicos, acudirá a la poesía y a la expresión poética —intensidades del ser humano en movimiento, en juego y fiesta, en órbita del invento y la conquista— para cabalmente entender su transcurrir en el tiempo y en el espacio, la ubicación de la que es ya —aun sin saberlo— dueño y señor en este momento de su historia.◊